

una mañana, hostigada Gertrúdis y furiosa por una de las continuas groserías de su carcelera, se metió en un rincón del aposento, y allí, cubriéndose la cara con las manos, permaneció algún tiempo desahogando su rabia. Sintió entonces la necesidad poderosísima que tenía de ver otros semblantes, de oír otras palabras y de ser tratada de distinta manera. Pensó en su padre y en su familia; pero el pensamiento se arredró atemorizado: sin embargo, acordándose de que en su mano estaba hacérselos amigos, experimentó un imprevisto consuelo, al que se siguió un profundo pesar y un extraordinario arrepentimiento de su yerro, con deseos vehementes de expiarlo; y aunque su voluntad no estaba absolutamente decidida, nunca se halló más próxima á semejante propósito. De consiguiente, se levantó, se fué á la mesa de escribir, tomó aquella pluma fatal, y escribió á su padre una carta en que se expresaba con grande entusiasmo, y llena á un tiempo de aflicción y de esperanzas; é implorando su perdon, se manifestaba dispuesta á todo lo que pudiera agradar al que habia de concedérsele.

CAPÍTULO X

Momentos hay en que el ánimo, especialmente el de los jóvenes, se halla dispuesto de manera que basta la más leve insinuación para lograr todo lo que tiene apariencias de bien ó de sacrificio. Estos momentos, que deberían mirarse con tímido respeto, son justamente aquellos que acecha la astucia para aprovecharse de ellos al vuelo y encadenar una voluntad que no está sobre aviso.

Leyendo el Príncipe la carta de su hija, vió el camino abierto para el logro de sus antiguas y constantes miras. Mandóla llamar inmediatamente, y se preparó para machacar el hierro en caliente. Llegó, con efecto, Gertrúdis, y sin levantar los ojos á mirar á su padre, se echó á sus piés, te-

niendo apenas ánimo para decirle: « ¡ Perdóneme usted! » El Príncipe la hizo señal de que se levantase, y con voz no muy propia para infundirle ánimo, le contestó que no bastaba desear el perdon y pedirle, pues era cosa natural que así lo hiciese cualquiera que se considerase delincuente y temiese el castigo, sino que convenia merecerle.

Gertrúdis, con gran sumision y temblando, preguntó qué era lo que tenía que hacer. Á esto el Príncipe (nos repugna



Llegó Gertrúdis, y se echó á sus piés.

en este momento darle el título de padre) no contestó directamente, sino que empezó á hablar con extensión de la culpa de Gertrúdis, y sus palabras herian el corazón de la desgraciada á manera de una mano áspera que pesa sobre una llaga. Continuó diciendo que, aún cuando hubiese podido tener intención alguna vez de colocarla en el siglo, ella misma habia puesto un obstáculo insuperable á semejante determinación, pues una persona de su honradez jamas hubiera cometido la bastardía de entregar á un caballero una jóven que habia dado tan mala cuenta de sí misma. Anonadada estaba

la infeliz Gertrúdis; y suavizando el Príncipe la voz y el tono, prosiguió diciendo que, sin embargo, había un remedio y una expiación de toda culpa: que la suya era de aquellas para las cuales el remedio estaba claramente indicado; y que debía considerar aquel triste acontecimiento como un aviso de que la vida del siglo era para ella demasiado peligrosa.

— ¡ Ah, sí ! — exclamó Gertrúdis, sobresaltada por el temor, dispuesta por la vergüenza y movida de un arrebató instantáneo de ternura.

— ¡ Ah, tú también lo conoces ! — prosiguió el Príncipe : — ea, pues, no se vuelva á hablar de lo pasado : todo se borró : has tomado el partido más honroso y el más conveniente que te quedaba ; pero como lo has tomado de tu propia voluntad, á mí me toca hacer que le encuentres en todo y por todo agradable, y recaiga sobre ti todo el mérito y la utilidad de la resolución. Yo me encargo de ello.

Diciendo esto, tocó una campanilla que estaba sobre la mesa, y á un criado que entró, le dijo :

— Llámame á la Princesa mi esposa y al señorito.

Y prosiguió luégo en estos términos :

— Quiero que todos tomen parte en mi satisfacción : quiero que todos empiecen á tratarte como conviene : hasta aquí has encontrado un padre algo severo, pero en adelante encontrarás á uno tierno y amoroso.

Oyendo estaba Gertrúdis como alelada este razonamiento. Unas veces pensaba cómo sería que aquel sí, que se le había escapado, pudiese influir tanto ; otras discurría sobre si había un medio de retractarle, ó de alterar su sentido ; pero la persuasión del Príncipe parecía tan completa, su gozo tan seguro y su benevolencia tan condicional, que Gertrúdis no se atrevió á pronunciar una palabra que pudiese incomodarle en lo más mínimo.

Llegaron al momento la madre y el hermano, y viendo allí á Gertrúdis, la miraron de un modo que indicaba incertidumbre y admiración ; pero el Príncipe, con rostro risueño

y tono amoroso, que en cierto modo mandaba que otro igual empleasen los demás :

— Hé aquí — dijo — la ovejilla extraviada. Y quiero que esta sea la última palabra que recuerde lo pasado. Esta niña es el consuelo de su familia : Gertrúdis ya no necesita de consejos : lo que nosotros deseamos para su bien lo ha elegido ella misma espontáneamente. Está resuelta ; ya me lo ha indicado : está resuelta...

Aquí echó Gertrúdis una mirada á su padre, entre temerosa y suplicante, como para pedirle que no terminara la frase ; pero el Príncipe prosiguió sin detenerse :

— Está resuelta á tomar el velo.

— ¡ Bien ! ¡ muy bien ! — exclamaron á una voz la madre y el hijo.

Y uno tras otro abrazaron á Gertrúdis, la cual recibió semejantes demostraciones con lágrimas. Entónces el Príncipe se extendió hablando de lo que haría para que fuese lisonjera y ostentosa la suerte de su hija. Hizo mérito de las distinciones con que sería tratada en el convento y en todo el país ; añadió que viviría como una reina, representando en algun modo á la familia ; que apenas lo permitiese la edad, sería elevada á la dignidad suprema, y que entre tanto sólo estaría subordinada en el nombre. La madre y el hermano repetían de cuando en cuando las congratulaciones y los elogios, y á Gertrúdis le parecía que estaba soñando.

— Convendrá luégo — dijo el Príncipe — fijar el día para ir á Monza á entablar la solicitud con la Abadesa. ¡ Qué contenta estará ! Y no hay duda de que todo el convento se penetrará de la honra que le hace Gertrúdis... Me ocurre ahora que pudiéramos ir hoy mismo ; con eso tomaría Gertrúdis un poco de aire.

— Vámonos, — dijo la Princesa.

— Voy á prevenirlo todo, — añadió el hijo.

— Pero... — dijo con voz sumisa Gertrúdis.

— Poco á poco, — interrumpió el Príncipe ; — dejemos

que lo decida ella misma. Quizá no se halle hoy muy dispuesta y prefiera aguardar á mañana.

— Sí, mañana, — contestó con tristeza Gertrúdis, á quien aún se le figuraba ganar mucho con tomarse aquel corto intervalo.

— Mañana, pues, — dijo el Príncipe con tono de decision ; — Gertrúdis quiere que sea mañana. Yo iré entre tanto á pedir al Vicario de las monjas que señale día para el exámen.

Dicho y hecho ; salió el Príncipe, y efectivamente fué á verse con el Vicario, que convino en que fuese dentro de dos días.

En todo el resto de aquel no tuvo Gertrúdis dos minutos de descanso. Hubiera deseado recogerse en sí misma, examinar su corazon, meditar sobre lo que habia hecho y lo que le quedaba por hacer, saber ella misma lo que queria ; en una palabra detener aquella máquina, que, apénas puesta en movimiento, caminaba con tal precipitacion ; pero no fué posible, porque las ocupaciones se sucedian sin intermision unas á otras. Concluido el solemne coloquio de que acabamos de hablar, la condujeron al gabinete de la Princesa su madre, para que allí la vistiese y ataviase su propia camarera. Aún no estaba concluida la operacion, cuando llamaron á la mesa. Pasó Gertrúdis entre las reverencias de los criados, que manifestaban darle el parabien por su restablecimiento, y halló varios parientes de los más cercanos que habian sido convidados á toda prisa para obsequiarla, felicitándola al mismo tiempo por las dos buenas noticias, esto es, la de haber recobrado la salud, y haber manifestado su vocacion.

La *expósita* (que así llamaban á las muchachas que iban á entrar monjas, y con este nombre acogieron á Gertrúdis al entrar en el comedor), la *expósita* tuvo mucho que hacer para contestar á los cumplimientos que se le dirigian. Bien conocia que todas aquellas contestaciones eran otros tantos empeños ; pero ¿ cómo responder de otra manera ?

Levantados los manteles, llegó la hora de pasear. Gertrúdis entró en el coche con su madre y con dos tíos suyos, que

habian asistido al convite. Despues del paseo acostumbrado, pararon en la calle *Marina*, que entónces cruzaba el terreno que ocupan ahora los jardines públicos, y era el punto donde se reunian en cochelos principales del pueblo á recrearse. Los tíos hablaron mucho á Gertrúdis del asunto del dia, y uno de ellos, que al parecer tenia mayor conocimiento que el otro de todas las personas, de todos los coches, de todas las libreas, y que á cada paso se le ofrecia algo que decir, ya de un caballero, ya de una dama, interrumpió de repente su relacion, y vuelto á la sobrina, le dijo :

— ¡ Ah, picarueta ! tú lo enticndes : das un puntapié á todas estas fruslerías ; nos dejas á nosotros los pobres mundanos en el atolladero ; vas á hacer una vida feliz, y al paraíso en coche.

Al anochecer volvieron á casa, y bajando los criados las escaleras con las hachas encendidas, avisaron que habia muchas visitas esperando. Estaba ya divulgada la noticia, y los parientes y amigos iban á cumplir con los deberes de la urbanidad. Entró Gertrúdis con los que la acompañaban en el salon de recibimiento, y la « *expósita* » fué el ídolo, ó por mejor decir, la víctima de aquella concurrencia. Cada uno se esmeraba en entretenerla : unos apalabraban los dulces, otros ofrecian visitarla : habia quién hablaba de la madre tal, parienta suya ; quién de la madre cual, su conocida ; quién celebraba el hermoso cielo de Monza ; quién la lisonjeaba con el lugar distinguido que ocuparia. Otros que aún no habian podido acercarse, por estar Gertrúdis casi sitiada, aguardaban la ocasion de aproximarse, y creian faltar si no la ofrecian sus respetos. Por último, se fué disipando poco á poco el concurso ; todos salieron sin el escozor de no haber cumplido, y Gertrúdis quedó sola con su familia.

— En fin, — dijo el padre, — he tenido el consuelo de ver á mi hija tratada conforme á su calidad ; pero es preciso confesar que ella tambie se ha portado á las mil maravillas, y ha manifestado que no le costará trabajo hacer el primer papel y sostener el decoro de la familia.

Cenaron aprisa para recogerse presto y estar pronti a la madrugada del dia siguiente.

Gertrúdis, triste, despechada, y al mismo tiempo envane-cida con los obsequios que habia recibido en todo aquel dia, se acordó de lo que le hizo sufrir su carcelera, y viendo á su padre dispuesto á complacerla en todo á excepcion de una cosa, quiso aprovecharse del auge en que se hallaba para satisfacer á lo ménos una de las pasiones que la atormentaban; de consiguiente manifestó repugnancia en ser servida por aquella mujer, quejándose amargamente de sus modales.

— ¿Cómo? — dijo el Principe. — ¿Te ha faltado al respeto? Mañana le diré cuántas son cinco: déjalo, que yo haré que te dé una completa satisfaccion. Entre tanto, una hija que me tiene tan contento no debe ver á su lado una persona que le desagrada.

Con esto hizo que llamasen á otra criada, á quien mandó que sirviese á Gertrúdis, la cual, saboreando la satisfaccion que acababa de recibir, se admiraba de hallar en ella tan poco placer, en comparacion de lo que la habia deseado. Lo que tambien ocupaba á pesar suyo su imaginacion, era el considerar los grandes progresos que habia hecho en aquel dia en el camino del claustro, y el reflexionar que para retroceder entónces se necesitaba más fuerza y resolucion que la que hubiera bastado pocos dias ántes, y que sin embargo no fué capaz de tener.

La mujer que se la destinó para que la acompañase en su habitacion era una vieja, aya en otro tiempo del primogénito, á quien recibió de los brazos del ama, y dirigió hasta la edad de la adolescencia. Como en él habia depositado todas sus esperanzas y su gloria, estaba sumamente contenta, mirando la decision de aquel dia como su propia fortuna, y Gertrúdis, para que todo fuese completo, tuvo que aguantar las congratulaciones, las alabanzas y los pesados consejos de la vieja. Hablóle esta de una tia suya y otras parientas lejanas que se habian hallado muy bien con ser monjas, porque perteneciendo á aquella familia

habian gozado siempre de los primeros honores, y teniendo mucha mano fuera, salieron desde su locutorio victoriosas de empeños en que habian quedado mal las primeras damas de la ciudad. Le habló de las visitas que recibiria, y de las que le haria su hermano cuando se casase con una dama de la primera distincion, con lo que se alborceta no sólo el convento, sino todo el país. Esta conversacion tuvo la dueña mientras desnudaba á Gertrúdis, la continuó estando esta en la cama, y ya dormia sin que la vieja hubiese cesado de hablar. La juventud y el cansancio tuvieron más fuerza que los cuidados; sin embargo, el sueño fué inquieto, penoso y acompañado de tristes ensueños; pero nada le interrumpió sino la vez chillona de la dueña que por la mañana temprano fué á despertarla á fin de que se dispusiese para el viaje de Monza.

— Aprisa, aprisa, señora expósita. Ya es de dia claro, y para que usted se vista es menester más de una hora. La señora está levantándose; la han despertado lo ménos cuatro horas ántes de lo acostumbrado. El señorito ha bajado ya á la caballeriza, ha vuelto á subir, y está pronto para el viaje. Ese diablillo es más listo que una ardilla; era lo mismo de pequeñito; bien lo sé yo que io he tenido en mis brazos; pero cuando está dispuesto, le incomoda mucho aguardar; así es que, á pesar de ser de una excelente pasta, entónces se impacienta y se pone furioso. ¡Pobrecillo! Merece disculpa; es efecto de su temperamento. ¡Triste del que le contradiga en tal ocasion! Ea, señorita, aprisa; ¿por qué me mira usted tan escandalizada? Á estas horas ya debia usted estar fuera del nido.

Á la idea del señorito impaciente, todos los demas pensamientos que se habian aglomerado en la imaginacion de Gertrúdis, se disiparon á manera de una bandada de gorriones al asomarse una ave de rapiña. Obedeció, pues, al instante, se vistió de prisa, se dejó acicalar, y se presentó en la sala, donde estaban reunidos sus padres y su hermano. Hiciéronla sentar en una silla de brazos, y le trajeron una jícara de cho-

colate, lo que en aquel tiempo era lo mismo que el darla toga viril entre los romanos.

Cuando avisaron que el coche estaba pronto, el Príncipe llamó aparte á su hija, y le habló en estos términos :

— Ea, Gertrúdis, ayer te portaste muy bien, y hoy debes superarte á ti misma. Se trata de hacer tu entrada pública en el convento y en el país en donde has de hacer el primer papel. Ya te aguardan (esexcusado decir que el Príncipe habia avisado á la Abadesa el dia ántes); ya te aguardan, y todos tendrán los ojos puestos en ti. Dignidad y desembarazo. La Abadesa te preguntará, por pura formalidad, qué es lo que quieres: debes responder que pides ser admitida á tomar el hábito en aquel convento en donde has sido educada con tanto esmero y amor, y has recibido tantos favores, en lo que no dirás sino la verdad. Cuidarás de pronunciar estas palabras con soltura y desembarazo, para que no se diga que te las han apuntado, por no saber hablar tú sola. Aquellas buenas madres ninguna noticia tendrán de lo ocurrido, pues ese es un secreto que debe estar sepultado en la familia. Sobre todo, cuidado con no poner una cara afligida que pueda infundir algunas dudas. No desmientas tu sangre: modestia, buenos modales; pero sin olvidar que allí, á excepcion de tu familia, nadie hay superior á ti.

Sin aguardar respuesta echó á andar el Príncipe, y lo siguieron su esposa, Gertrúdis y su hermano. Bajaron todos la escalera, y se metieron en el coche. Las molestias y los contratiempos del mundo, y la vida tranquila y feliz del claustro, principalmente para las jóvenes de alta nobleza, fueron los argumentos de toda la conversacion durante el viaje. Estando ya próximo el pueblo, repitió el Príncipe las instrucciones á su hija, con especialidad la fórmula de la respuesta. Al entrar en la ciudad, se le anubló á Gertrúdis el corazón; pero la distrajo momentáneamente cierto número de caballeros, que, mandando detener el coche, arengaron al Príncipe con no sé qué especie de cumplimientos. Continuando luego el camino, se dirigieron más lentamente al convento

entre las miradas de los curiosos que en gran número acudian de todas partes. En cuanto paró el coche delante de aquellas paredes, se encogió más todavía el corazón de Gertrúdis, la cual se apeó con los demas, entre dos filas de curiosos que los criados iban apartando; y como todos los ojos estaban puestos en ella, se veia la pobre en la precision de componer con estudio su semblante; pero de todos aquellos ojos juntos, ningunos la reprimian tanto como los de su padre, á los cuales, por más que los temiera, no podia dejar de volver los suyos á cada instante. Atravesado el primer patio, entraron en el segundo, y allí se vió abierta de par en par la puerta del claustro interior, y ocupada enteramente por monjas. Estaba en primera linea la Abadesa rodeada de ancianas; detras las demas monjas confundidas unas con otras, algunas de ellas de puntillas, y al último las legas subidas en bancos.

Veíanse asimismo de trecho en trecho brillar algunos ojillos, y asomar entre las tocas algunas caritas, y estas eran las educandas más diestras y atrevidas que habian sabido hallar un agujero para ver tambien ellas alguna cosa. De cuando en cuando salian de aquella muchedumbre exclamaciones, y se veían menearse manos y pañuelos en señal de parabien y de alegría. Llegados á la puerta, Gertrúdis se halló cara á cara de la madre Abadesa, la cual, despues de los cumplimientos de estilo, le preguntó con un modo entre halagüeno y majestuoso, qué era lo que pedia en aquel sitio donde nada podia negársele.

— Aquí vengo... — empezó Gertrúdis.

Pero al pronunciar las palabras que debian decidir casi irrevocablemente su suerte, titubeó un momento, quedando con los ojos fijos en la muchedumbre que tenia delante. Divisó en aquel punto á una de sus compañeras que la miraba con cierto aire de compasion, mezclado con un poquito de malicia, como si dijera: «Cayó por fin la que echaba tantas bravatas.» Despertando esta vista en ella sus antiguos sentimientos, le infundió tambien un poco de su antiguo ánimo; por manera que ya estaba buscando una respuesta cualquiera,

diferente de la que le habian prescrito, cuando al levantar la vista hácia el Príncipe casi para experimentar sus fuerzas, advirtió en su aspecto una inquietud tan profunda y una impaciencia tan mal comprimida, que, decidiéndose por temor con la misma rapidez con que huiria á la vista de un objeto horrible, prosiguió :

— Aquí vengo á solicitar el hábito religioso en este convento en donde he sido educada con tanto cariño.

Á esto respondió inmediatamente la Abadesa, que sentia mucho que el estatuto la impidiese en aquel caso darle al instante una respuesta que debia ser el resultado de los sufragios comunes de las madres, y á la cual debia preceder la licencia de los superiores ; pero que Gertrúdis conocia sobradamente la consideracion con que la distinguian en aquel sitio, para prever cuál sería dicha respuesta, y que entre tanto ningun reglamento impedia á la Abadesa y á las demas religiosas manifestar el placer que les causaba semejante solicitud. Levantóse entonces un murmullo confuso de congratulaciones y de aplausos. Vinieron luégo grandes bandejas de dulces, que se presentaron primero á la expósita y despues á los padres, y miéntras algunas monjas la confundian á abrazos, otras cumplimentaban á la madre y otras al mayorazgo. La Abadesa hizo suplicar al Príncipe que pasase al locutorio, en donde le aguardaba. Acompañábanla allí dos ancianas, y en cuanto le vió venir :

— Señor Príncipe, — dijo, — para obedecer á la regla y cumplir con una formalidad indispensable, aunque en este caso... pero debo decirle que siempre que una jóven pide el hábito... la Superiora, cargo que yo indignamente ocupo, tiene la obligacion de advertir á los padres... que si por casualidad violentasen... la voluntad de su hija, incurririan en excomunion... Me perdonará...

— ¡Muy bien, muy bien, reverenda madre! aplaudo su exactitud : es muy justo ; pero usted no puede dudar... !

— ¡Seguramente, señor Príncipe!... He hablado sólo por cumplir con mi obligacion precisa... Por lo demas...

— Cierta, cierto, madre Abadesa...

Pronunciadas entre los dos interlocutores estas pocas palabras, se hicieron recíprocamente una profunda reverencia, separándose como si los dos sintiesen prolongar aquel coloquio, y cada uno se retiró á su puesto, el uno fuera y el otro dentro del claustro.

— Ea, — dijo el Príncipe, — Gertrúdis tendrá presto toda la comodidad para gozar de la compañía de estas buenas madres : ya las hemos molestado demasiado.

Y haciendo una reverencia, manifestó querer ausentarse : la familia se puso en pié, se renovaron los cumplimientos y partieron.

Á la vuelta no tenía Gertrúdis mucha gana de hablar. Asustada con el paso que habia dado, avergonzada por su cobardía é irritada contra los demas y contra si misma, calculaba las ocasiones que todavía le quedaban para decir que no, y se proponia débil y confusamente ser en una ú otra más fuerte y más decidida.

No tardaron en llegar á Milan, y entre comer, hacer algunas visitas, disfrutar algun poco del paseo y de la tertulia, se pasó enteramente aquel dia. Al concluirse la cena, puso el Príncipe á exámen un negocio importante, que era la eleccion de madrina. Así se llamaba, y aún se llama en el dia, la dama que, elegida por los padres, se constituye guarda y guía de la jóven que entra monja ; y su encargo en el tiempo que média entre la solicitud y vestir el hábito, es el de emplearle con ella en visitar las iglesias, los establecimientos públicos, los santuarios, las concurrencias, y en una palabra, todas las cosas notables de la ciudad y de los alrededores, á fin de que las muchachas, ántes de pronunciar un voto irrevocable, vean bien lo que van á dejar.

— Convendrá pensar en la madrina, — dijo el Príncipe, — porque mañana vendrá el Vicario para la formalidad del exámen, é inmediatamente propondrán la admision de Gertrúdis en capítulo.

Pronunciando estas palabras, se dirigió á la Princesa, la

cual, creyendo que pedia su dictámen, dijo se le podia hablar... pero la interrumpió el Príncipe prosiguiendo :

— No, no hay que hablar á persona alguna. Ante todas cosas la madrina debe ser del agrado de la expósita, y aunque la costumbre deja la eleccion á los padres, Gertrúdis tiene tanto juicio y talento que merece que se haga una excepcion.

Y volviéndose á la misma Gertrúdis, en ademan de quien hace una gracia particular, continuó :

— Cualquiera de las damas que han asistido á la tertulia de esta noche posee las cualidades necesarias para ser madrina de una hija nuestra ; y como no dudo de que cualquiera tendrá á mucha honra el ser preferida, á ti te toca elegir.

No dejaba Gertrúdis de conocer que elegir era dar un nuevo consentimiento ; pero le hacian la propuesta con tanto aparato, que el no admitirla pareceria desprecio, y eximirse desagradecimiento y necedad. Dió, pues, este paso tambien, y nombró la dama que más le habia agradado en la tertulia, esto es, la que más la habia acariciado, la que la habia alabado más, la que la habia tratado con aquellas maneras familiares y afectuosas, que, cuando por primera vez se conoce á una persona, son el remedo de una antigua amistad.

— ¡ Excelente eleccion ! — exclamó el Príncipe, que esperaba y deseaba que recayese en aquella dama.

Fuese casualidad ó arte, lo cierto es que sucedió en esto lo que acontece cuando un titiritero haciendo juegos de manos pasa delante de la vista de los circunstantes una baraja, diciendo que pidiesen una carta para luégo adivinarla él mismo, lo que no es difícil porque abre la baraja en términos que sólo deja ver una carta por entero, con lo cual regularmente la imaginacion de los que la ven se fija en aquella. En efecto, la dama elegida habia estado toda la noche al lado de Gertrúdis, y tanto la habia entretenido, que hubiera sido necesario un esfuerzo de imaginacion para elegir otra. Por otra parte, todo aquel esmero no era sin misterio, porque hacía tiempo que esta dama habia echado la vista al primogénito del Príncipe para hacerle su yerno ; de aquí es que miraba

todas las cosas de aquella casa como suyas propias.

El dia siguiente se despertó Gertrúdis con la imaginacion ocupada en el Vicario examinador, y cuando estaba pensando cómo podria aprovecharse de esta ocasion para volverse atras, el Príncipe la mandó llamar.

— Vaya, hija, — la dijo, — hasta este punto te has portado perfectamente ; se trata ahora de coronar la obra. Todo cuanto se ha hecho hasta aquí se ha hecho con consentimiento tuyo. Si en este intermedio te hubiese ocurrido alguna dudilla, alguna especie de momentáneo arrepentimiento, ó capricho de juventud, debias haberte explicado ; pero segun el estado en que se hallan hoy las cosas, ya no es tiempo de hacer niñerías. El hombre virtuoso que ha de venir hoy por la mañana, te hará mil preguntas relativas á tu vocacion, acerca de si estás gustosa, por qué y cómo?... Y qué sé yo qué más ? Si titubeas en responder, te tendrá en el aire ; ¡ quién sabe hasta cuándo ! lo que sería un fastidio y una incomodidad grandísima para ti ; pero ademas podria resultar otro inconveniente mucho más grave. Despues de todos los pasos que se han dado, cualquiera leve perplejidad de tu parte, comprometeria mi honor, porque se podria creer que yo habia tomado una ligereza tuya por una firme resolucion, que me habia precipitado, y que habia ¿ qué sé yo ? En este caso me veria en la dura necesidad de escoger entre dos partidos igualmente dolorosos, esto es, ó dejar que el mundo formase mal concepto de mi conducta, partido que por mi propio decoro no puedo adoptar, ó descubrir el verdadero motivo de tu resolucion, y...

Aquí, viendo que el rostro de Gertrúdis se habia encendido, que sus ojos se arrasaban en lágrimas, y que sus facciones se inmutaban, cortó aquel discurso, y con tono de afabilidad, prosiguió diciendo :

— Vaya, vaya, todo depende de ti, de tu prudencia ; sé que la tienes, y que no eres capaz de echar á perder una obra buena al tiempo de concluirla. Pero yo debia prever todos los casos posibles. No se hable más de esto, y quedamos de acuerdo

en que responderás con tal franqueza, que no puedan nacer dudas en la cabeza de ese buen señor : y tú tambien con eso despacharás más presto.

Aquí, despues de haber sugerido várias respuestas á preguntas que pudieran hacersele, entró en la conversacion acostumbrada de las dulzuras y placeres que gozaria Gertrúdis en el convento, y con esto la estuvo entreteniendo hasta que un criado avisó que allí estaba el señor Vicario examinador. El Príncipe, despues de un breve recuerdo á su hija acerca de las prevenciones que acababa de hacerle, la dejó sola con el Vicario, segun estaba mandado.

Venia el buen eclesiástico casi convencido de que Gertrúdis tenía una gran vocacion al claustro, porque así se lo habia dicho el Príncipe cuando fué á verle. Bien es verdad que, como sabia que la desconfianza era una de las cualidades más necesarias en su oficio, tenía por máxima andar despacio en dar crédito á semejantes aseveraciones, procurando no dejarse preocupar; pero rara vez sucede que las aserciones de persona autorizada no tiñan de su color la mente de quien la escucha. Despues de los cumplimientos de costumbre, dijo el Vicario :

— Señorita, yo vengo á hacer el oficio del demonio, porque vengo á poner en duda lo que usted en su súplica ha presentado como cierto; vengo á hacerle presente las dificultades, y á cerciorarme de si las ha meditado con reflexion. Permítame, pues, que la haga algunas preguntas.

— Pregunte usted lo que guste, — contestó Gertrúdis.

Principió entónces el Vicario á interrogar en la forma prescrita en los reglamentos, diciendo :

— ¿ Está usted libre y espontáneamente resuelta á hacerse monja? ¿ Se han empleado amenazas ó halagos? Hable usted sin reparo y con toda veracidad á una persona cuya obligacion es conocer su verdadera voluntad, para impedir que se la violente de modo alguno.

La verdadera respuesta á semejante pregunta se presentó á la mente de Gertrúdis con un aspecto espantoso. Para darla

era necesario entrar en una explicacion; nombrar al que la habia amenazado; en una palabra, referir una historia. Aterrada la infeliz, desechó semejante idea, y acudió á buscar cualquiera otra contestacion, la que mejor y más presto la sacase del conflicto.

— Entro monja — dijo ocultando su turbacion — por gusto mio, y por mi propia voluntad.

— ¿ Qué tiempo hace — continuó el Vicario — que tiene usted ese pensamiento?



Principió entónces el Vicario á interrogar.

— Siempre lo he tenido, — contestó Gertrúdis, más franca ya despues del primer paso para mentir contra sí misma.

— ¿ Pero cuál es el motivo principal que la induce á entrar monja?

Ignoraba el buen hombre cuán terrible era la cuerda que tocaba, y Gertrúdis hizo un grande esfuerzo para que no se notase en su rostro el efecto que producía en su ánimo aquella pregunta.

— El motivo — contestó — es el de servir á Dios, y huir de los peligros del mundo.

— ¿ Sería acaso algun disgusto? ¿ algun... (usted perdone) algun capricho? Á veces una cosa momentánea puede hacer

una impresion que parezca perpétua; pero así que cesa la causa, y el ánimo se muda, entónces...

— No señor, no señor, — respondió precipitadamente Gertrúdis; — la causa es la que he indicado.

El Vicario, más bien para cumplir con su obligacion que porque lo juzgase necesario, insistió en las preguntas; pero Gertrúdis estaba resuelta á engañarle: porque ademas de la repugnancia que le causaba el descubrir su debilidad á aquel eclesiástico, que al parecer estaba muy léjos de sospechar de ella semejante cosa, no dejaba de ocurrirle que, aunque bien podia el Vicario impedir que fuese monja, allí acababa su autoridad sobre ella y su proteccion, y que en cuanto aquél se ausentase, se quedaria con su padre á solas. De todo lo que entónces tendria que sufrir nada sabia el Vicario, y aún sabiéndolo, lo más que podria hacer con toda su buena intencion sería compadecerla. En este supuesto, ántes que de mentir Gertrúdis, se cansó de preguntar el examinador, el cual, viendo que todas las respuestas eran idénticas, y no teniendo motivo alguno para dudar de su veracidad, mudó de lenguaje, diciéndole todo lo que creyó conveniente para confirmarla en su buen propósito, y felicitándola acerca de su resolucion se despidió de ella. Al atravesar las salas, á la salida, se encontró con el Príncipe, que al parecer pasaba casualmente por ellas, y le dió el parabien de las excelentes disposiciones de su hija. El Príncipe, que hasta entónces habia estado en una penosa ansiedad, respiró al oír semejantes noticias, y olvidando su gravedad acostumbrada, fué casi corriendo á ver á Gertrúdis, colmándola de alabanzas, caricias y promesas con un placer verdaderamente cordial, y una ternura en gran parte sincera: tales son las contradicciones del corazon humano.

Nosotros no seguiremos á Gertrúdis en aquella serie de continuadas fiestas y diversiones á que por última vez se entregaba, ni describiremos parcialmente y por orden progresivo todos los movimientos de su ánimo en aquel espacio de tiempo, porque sería una historia de penas y fluctuacio-

nes demasiado monótona, y casi una repeticion de lo que hemos manifestado.

La amenidad de los sitios, la variedad de los objetos y la alegría de los campos hacian más odiosa la idea del paraje en que habia de ir á sepultarse para siempre. Todavía más penosas eran para ella las impresiones que recibia en las reuniones y concurrencias particulares. Causábale una envidia, una desazon insoportable la vista de las recién casadas, á quienes se daba el título lisonjero de esposas, y á veces, al ver algunos personajes, se figuraba que debia ser el colmo de la felicidad el oírse aplicar dicho título.

Otras veces la magnificencia de los palacios, el lujo de los muebles y el bullicio festivo de las tertulias, excitaba en ella un deseo tan vivo de gozar tan envidiable vida, que formaba el proyecto de retractarse y de sufrir cualquiera cosa más bien que volver á la triste monotonía del claustro; pero todas estas resoluciones se disipaban como el humo, al calcular con más detencion las dificultades, y con fijar la vista en su padre. Entre tanto, habiendo remitido el Vicario la certificacion correspondiente, y conseguidas las licencias necesarias, se celebró el capítulo. Concurrieron, como era de presumir, las dos terceras partes de los votos secretos que exigia la regla, y Gertrúdis fué admitida. Cansada ella misma de tan violenta situacion, pidió volver lo más pronto posible al convento. Á la verdad que, como no habia quien se opusiese á semejante determinacion, adhirieron á sus deseos, y conducida en gran pompa al convento, tomó el hábito.

Después de un año de noviciado en que se arrepintió mil veces, y mil veces se arrepintió de haberse arrepentido, llegó el momento de pronunciar un *nó* más dificultoso, más extraño, y más escandaloso que nunca, ó de repetir un *sí* tantas veces pronunciado. Repitióle con efecto, y monja fué para siempre.

Una de las facultades particulares é incommunicables de la religion cristiana, es la de poder dirigir y tranquilizar al que en cualquiera situacion y término acude á ella. Si lo pasado

tiene remedio, lo prescribe, lo facilita, y suministra luces y fuerzas para ponerle por obra; si no tiene remedio, indica el modo de hacer de la necesidad virtud, como suele decirse vulgarmente: enseña á continuar con firmeza y acierto lo que se emprendió con ligereza; inclina el ánimo á abrazar



Conducida en gran pompa al convento.

con propension lo que impuso la violencia, y da á una eleccion que fué temeraria, pero irrevocable, toda la conformidad y el placer de la vocacion. Con este medio hubiera podido Gertrúdis ser una monja santa, y vivir conforme y tranquila con su resolucion, como quiera que la hubiese tomado; pero la infeliz, al contrario, recalcitaba contra el yugo, y de este modo se le hacía más duro su peso. Un recuerdo repetido de la libertad perdida, un aborrecimiento implacable á su estado, y un vagar continuo en pos

de deseos que jamas podrian satisfacerse, eran las ocupaciones principales de su ánimo.

Volvia y revolvía en su mente las amarguras del tiempo pasado; traía á su memoria todas las circunstancias que la habian conducido donde se hallaba: mil veces hacia y deshacia con el pensamiento lo que habia hecho con las obras; se culpaba á sí misma de cobardía, y á los demas de violencia y perfidia, y se consumía en su interior. Idolatraba y deploraba al mismo tiempo su hermosura; lloraba su juventud destinada á destruirse en un lento martirio, y en algunos momentos envidiaba la suerte de cualquiera mujer que pudiera, fuese como fuese, gozar en el mundo de aquellos dotes.

Miraba con odio á todas aquellas monjas que habian cooperado á reducirla á semejante situacion. Se acordaba de las artes y artificios que habian empleado, y se los pagaba con otras tantas descortesías, cavilidades, y aún abiertas reconvenciones. Tenian estas que aguantarlo todo, porque, aunque el Príncipe quiso tiranizar á su hija, nunca hubiera consentido que su sangre quedase desairada, y cualquiera pequeña queja que aquella hubiese dado, pudiera haberles hecho perder la poderosa proteccion de su padre, y quizá convertir en enemigo á tal protector. Parecia regular que Gertrúdis tuviese alguna propension á las otras monjas que ninguna parte tuvieron en aquellos funestos manejos, que, sin haberla deseado por compañera, la amaban comotal, y que virtuosas, ocupadas en sus labores, y alegres, le manifestaban con su ejemplo cómo allí se podia, no sólo vivir, sino tambien vivir agradablemente; pero á éstas las odiaba tambien por otro estilo. Sus semblantes, en que se notaba la piedad y el contento, eran para ella una especie de reconvencion con que se le echaba en cara su disgusto y su extravagante conducta, y así no perdía ocasion de burlarse de ellas por detras, calificándolas de gazmoñas y mojigatas. Quizá las hubiera despreciado ménos si hubiera sabido ó sospechado que ellas fueron las que echaron aquellas pocas bolitas

negras que se encontraron en la urna cuando se votó su admision.

No obstante, algun consuelo encontraba á veces en el mando, en verse obsequiada dentro y visitada con adulacion por las personas de fuera, en salir bien de varios empeños, en franquear su proteccion, y en que la diesen el dictado de señora ; pero ¡ qué consuelo !

Poco despues de su profesion, la nombraron maestra de educandas. Figúrese cualquiera cómo estarian aquellas niñas bajo su direccion. Sus antiguas compeñeras habian salido ya ; pero ella conservaba todas las pasiones de aquel tiempo, y de un modo ó de otro las jóvenes debian sentir el peso de ellas. Cuando se acordaba de que algunas estaban destinadas á aquel género de vida á que ella nunca podia aspirar, las miraba casi con rencor, las trataba con aspereza, y las hacia pagar anticipadamente la felicidad de que esperaban gozar algun día.

Quien hubiese visto en aquellos momentos la aspereza magistral con que las reconvenia por cualquier pequeño descuido, la hubiera juzgado como una mujer irrepreensible. Otras veces la misma aversion que tenía al claustro se manifestaba de un modo enteramente opuesto : entónces no solamente toleraba las clamorosas diversiones de sus discípulas, sino que las provocaba, se mezclaba en sus juegos, y por ella llegaban á ser ménos arreglados ; tomaba parte en sus conversaciones, y las llevaba más allá de la intencion con que aquellas las habian empezado.

Si por casualidad se hacia mencion de algun resabio de la madre Abadesa, la maestra les hablaba continuamente de él, convirtiéndole en una escena de comedia. Ya remedaba con gestos la cara de una monja, ya el porte de otra, riéndose de ellas á carcajadas. De esta manera vivió algunos años, no habiéndosele proporcionado medio ni oportunidad para otra cosa, cuando quiso su desgracia que una ocasion se le presentase.

Entre los privilegios y distinciones que se le habian conce-

dido para indemnizarla en algun modo de la imposibilidad de ser abadesa por su corta edad, gozaba la de tener habitacion separada. Contigua á aquel lado del convento se hallaba una casa en que vivia un jóven, malvado de profesion, uno de los muchos que en aquella época, con sus bravos y su union con otros malvados de la misma calaña, podian hasta cierto punto burlarse de la fuerza pública y de las leyes. En el manuscrito ya citado se le llama Egidio, y nada más. Este, desde una ventanilla suya, que caia á un patio de aquella parte del convento, habia visto algunas veces á Gertrúdis pasear y dar vueltas por allí en momentos de ociosidad, y como los peligros y la impiedad de las empresas le halagaban en lugar de arredrarle, se aventuró un día á dirigirle la palabra, á que contestó la desventurada.

Experimentó Gertrúdis en aquellos primeros momentos un placer no enteramente puro, pero muy vivo, porque una ocupacion fuerte y continúa vino á llenar el perezoso vacío de su corazon ; sin embargo, este placer era como la bebida fortificante que suministraba á los reos la estudiada crueldad de los antiguos, para animarlos á soportar los suplicios. Notóse al mismo tiempo una gran novedad en toda su conducta : se manifestó de improviso más mesurada y más tranquila, y no sólo cesaron los escarnios, sino que comenzó á producirse con modales más afables y cariñosos ; por manera que tanto mayor era el contento de las monjas al ver tan feliz mudanza, cuanto más léjos estaban de figurarse que el verdadero motivo de aquella nueva virtud no era sino hipocresía agregada á sus antiguos defectos. Con todo, no duró mucho aquella apariencia de mejora, á lo ménos con continúa igualdad.

En efecto, no tardaron en producirse las acostumbradas descortesías y caprichos, y se oyeron de nuevo las imprecaciones y denuestos contra la sujecion del claustro, no pocas veces expresados en un lenguaje impropio de aquel sitio y de aquella boca. Pero á cada tropiezo acudia con una apariencia de arrepentimiento, procurando hacer olvidar su des-

cuido á fuerza de halagos. Sufrian las monjas lo mejor que podian semejantes vicisitudes, atribuyéndolas al carácter extravagante y ligero de la señora.

Parece que por algun tiempo ninguna llevó más adelante el pensamiento; pero un dia en que la señora, trabándose de palabras con una lega por cierta habladuría, se desató contra ella en improperios é insultos, la lega, despues de haber aguantado bastante, perdió al fin la paciencia, y se le escapó cierta indirecta indicando que sabía alguna cosa, y que á su tiempo hablaría. Desde entónces no halló Gertrúdis sosiego; pero á poco tiempo sucedió que una mañana aguardaron en vano á la lega para el desempeño de sus tareas ordinarias. Buscáronla en su celda, la llamaron por todas partes; revolvieron de arriba abajo el convento, y todo inútilmente. ¿Y quién sabe las conjeturas que se hubieran hecho, si prosiguiendo las diligencias no hubiesen descubierto en la cerca de la huerta un grande agujero, de que infirieron que por allí se habia escapado? Despacháronse propios en várias direcciones para alcanzarla, y se hicieron exquisitas investigaciones por fuera, sin haber podido adquirir jamas noticia de ella. Quizá algo se hubiera averiguado si, en lugar de buscarla léjos, hubiesen cavado el terreno más próximo. Despues de haber manifestado todas mucha admiracion, pues nadie creía á aquella mujer capaz de semejante exceso, y despues de muchos argumentos, se vino por fin á parar en que debió haber ido muy léjos; y porque á una monja se le ocurrió decir: « sin duba habrá ido á Holanda, » se dijo y se tuvo siempre por cosa cierta en el convento que se habia refugiado en aquel país.

No obstante, parece que la señora no estaba en ese entender, no porque manifestase no creerlo, ó se opusiese á la opinion comun con razones propias, pues si algunas tenía, jamas las disimuló mejor; por el contrario, de nada se abstenia tanto como de tocar semejante historia, y en lo que ménos pensaba era en averiguar aquel misterio; mas cuanto ménos hablaba de él, tanto más presente le tenía. ¡Cuántas veces

al dia se le presentaba la imágen de aquella monja, sin que pudiese apartarla de su mente! ¡cuántas veces hubiera querido oír el agudo sonido de su verdadera voz, cualesquiera que hubiesen sido sus amenazas, más bien que tener siempre en el oído mental el susurro de aquella misma voz, y oír palabras á que no queria responder, repetidas con una pertinacia incansable, que jamas tuvo persona alguna viviente.

Habria como cosa de un año que habia pasado esta aventura, cuando el padre Guardian de capuchinos presentó á Lucía á la señora, que tuvo con ella aquel coloquio en el cual suspendimos nuestra narracion. Multiplicaba Gertrúdis las preguntas acerca de la persecucion de D. Rodrigo, y entraba en ciertos pormenores con un desembarazo que pareció, y debió parecer extraño á Lucía, quien jamas se imaginó que la curiosidad de las monjas pudiese extenderse á semejantes asuntos. No eran ménos extrañas las opiniones que dejaba traslucir, ó que interpolaba con las preguntas. Parecia que casi se burlaba del terror de Lucía; preguntaba si D. Rodrigo era tan feo para causar tanto miedo, y casi daba á entender que tendria por ridículo y necio el desden de Lucía, á no disculparla su preferencia por Lorenzo. Tambien acerca de este particular se extendió á tantas y tales preguntas, que provocaron la admiracion y el pudor de la inocente aldeana; pero, advirtiendo luégo que habia dejado correr la lengua tras los extravíos de la imaginacion, procuró enmendarlo mejor que pudo con interpretaciones sus imprudencias; pero no por eso dejó Lucía de quedar con cierta desagradable admiracion y confuso recelo, de modo que, en cuanto pudo hallarse á solas con su madre, le descubrió su ánimo con respecto á lo que habia pasado. Ines, como más experimentada, disipó en pocas palabras todas sus dudas, diciendo:

« — No debes maravillarte de eso; cuando conozcas el mundo como yo, verás que estas son cosas de que no hay que admirarse. Los personajes, unos más, otros ménos, unos por un lado, otros por otro, todos tienen algo de locos; se les deja que digan, y no se hace caso; al contrario, el modo

de conseguir de ellos lo que se quiere, es darles siempre la razon. ¿ No viste con qué orgullo se me echó encima, como si yo hubiera dicho algun despropósito? Mas yo no hice caso. Todos son lo mismo; con todo, debemos dar gracias á Dios de que, segun parece, la has agradado, y quiere protegerte de véras.

El deseo de servir al padre Guardian; la satisfaccion que se experimenta en dar amparo á un miserable; la idea del buen concepto que produciria una proteccion concedida con fin tan piadoso; cierta prevencion en favor de Lucía; el



Alegrábanse la madre y la hija.

placer que causa el hacer bien á una inocente, el consolar y socorrer á los oprimidos, habian realmente determinado á la señora á tomar á su cargo la suerte de las dos emigradas. En virtud de órdenes que dió, y del cuidado que mostró por ellas, las colocaron en la habitacion de la demandadera, considerándolas como empleadas y dependientes del convento. Alegrábanse la madre y la hija por haber hallado tan presto un asilo tan seguro y honroso. Hubieran tambien deseado que nadie tuviese noticia de ellas; pero esto era imposible en un convento como aquel, tanto más, cuanto habia una persona poderosa empeñada en saber el paradero de una de ellas, y en cuyo ánimo se agregaba á la pasion y al empeño primero, el coraje de haberse llevado chasco y haber sido engañado. Nosotros, dejando á las dos mujeres en su refugio, volveremos al palacio de D. Rodrigo, en la hora en que estaba aguardando con ansia el resultado de su perversa comision.

CAPÍTULO XI

Como los perros, despues de haber corrido inútilmente una liebre, vuelven jadeando, con la cola caída y las orejas bajas, del mismo modo en aquella alborotada noche volvieron los bravos al palacio de D. Rodrigo, el cual estaba á oscuras, dando paseos en un camaranchon que caia á la llanura. Parábase de cuando en cuando á oir y mirar por las rendijas de las toscas ventanas con grande impaciencia y no sin inquietud, no tanto por lo dudoso del éxito, cuando por las resultas que pudiera muy bien tener, porque la empresa era una de las más graves que hasta entónces habia intentado el buen caballero. Sin embargo, se iba animando con las precauciones que se habian tomado para que no quedase indicio alguno del hecho. En cuanto á las sospechas, se reia de ellas.

— ¿ Quién será — decia — el valiente que se atreva á venir aquí, para averiguar si hay ó no una muchacha? Venga cualquiera, que será bien recibido. ¿ Que venga el fraile? Que venga. ¿ La vieja? La vieja, que vaya á Bérghamo. ¿ La justicia? ¿ Qué, la justicia! el Podestá no es ni un muchacho, ni un loco. ¿ Y en Milan? Milan! ¿ quién se cuida en Milan de tales gentes? ¿ quién les dará oídos? Nadie sabe siquiera que existen; ni tienen un amo que pueda clamar por ellas. Vaya, vaya, fuera miedo. ¿ Cómo se quedará por la mañana el conde Atilio! Ahí verá si yo soy hombre de chapa. En fin, si hubiese algun tropiezo... ¿ Qué sé yo?... Si algun enemigo quisiese aprovechar la ocasion... Tambien Atilio podrá aconsejarme... En ello se interesa el honor de toda la parentela.

Pero el pensamiento en que más se detenia, porque en él hallaba mejor solucion de sus dudas, y tambien un alimento á su pasion principal, era el de los halagos y las promesas con que esperaba vencer á Lucía.